

## CAPITULO XXX (1)

### DEL SUJETO PURO DEL CONOCIMIENTO

Para apoderarnos de una idea, para que llegue á nuestra conciencia, es preciso que se produzca en nosotros un cambio que puede considerarse como un acto de renuncia á nosotros mismos, puesto que consiste en que el conocimiento se aparte enteramente, por un instante, de la voluntad; en que pierda de vista totalmente el precioso depósito que le está confiado y considere las cosas como si fueran tales que no pudiesen interesar nunca á nuestro querer. Sólo así se trueca el conocimiento en puro espejo que refleja la naturaleza objetiva de las cosas. Toda obra de arte verdadera tiene por origen y por base un conocimiento de esta índole. La modificación que requiere en el sujeto, por lo mismo que consiste en la eliminación del querer, no puede partir de la voluntad; no es un acto voluntario, es decir que no depende de nosotros el producirlo cuando nos plazca. Nace de una preponderancia momentánea de la inteligencia sobre la volición, ó desde el punto de vista fisiológico, de una fuerte excitación de la actividad de intuición del cerebro sin excitación alguna de las inclinaciones propias ó de las pasiones.

(1) Este capítulo se refiere á los §§ 33 y 34 del primer volumen.

Para darnos cuenta más fácilmente de ello, debemos recordar que, nuestra conciencia tiene dos caras; es por una parte *conciencia de sí* ó sea de la voluntad y por otra parte, *conciencia de las demás cosas*, constituyendo bajo tal concepto la conciencia intuitiva del mundo exterior, la percepción de los objetos.

A medida que uno de estos dos aspectos de la conciencia se acentúa, el otro disminuye. Por lo tanto, la conciencia de las demás cosas ó sea la conciencia intuitiva, será tanto más perfecta, es decir tanto más objetiva, cuánto más débil sea la conciencia de sí. Se produce en esto un verdadero antagonismo. Cuanta más conciencia tenemos del objeto, menos la tenemos del sujeto y á la inversa, cuanto más lugar ocupa éste en nuestra conciencia, más débil é imperfecta es nuestra intuición del mundo exterior.

El estado exigido para una objetividad pura de la intuición, se halla sujeto, por una parte, á condiciones permanentes que consisten en la perfección del cerebro, y, en general, en todo aquello que en su constitución fisiológica favorece á la actividad; y por otra parte, á condiciones pasajeras que consisten en todo lo que estimula la tensión y la impresionabilidad del sistema nervioso cerebral, sin poner en movimiento pasión alguna. Pero no se crea que me refiero á los licores alcohólicos ó al opio, sino, por ejemplo, á una noche de sueño tranquilo, á un baño frío, á todo lo que calmando la circulación y el fuego de las pasiones, da á la actividad cerebral un aumento adquirido sin esfuerzo.

Estos medios naturales de estimular el trabajo de los nervios cerebrales obran tanto más eficazmente cuanto mejor desarrollado y más enérgico sea el cerebro y por medio de su concurso es como el objeto se des-

prende cada vez más del sujeto, produciéndose al cabo ese estado de pura objetividad en la intuición, que elimina por sí mismo la voluntad de la conciencia y que nos permite ver las cosas con una claridad y una precisión más intensas. Parece entonces que no conocemos más que el mundo exterior, sin sentimiento alguno de nosotros mismos, como si toda nuestra conciencia no fuese más que el intermediario por el cual el objeto de la intuición pasa al mundo de la representación.

El conocimiento puro y emancipado de la voluntad se produce, pues, cuando la conciencia de las cosas exteriores que nos rodean se eleva á una tal potencia, que la de la personalidad propia desaparece. Sólo concebimos el mundo de una manera puramente objetiva cuando nos olvidamos de que formamos parte de él nosotros mismos. Las cosas se nos presentan más bellas, á medida que la conciencia de lo exterior crece y la conciencia individual se va desvaneciendo. Como todo dolor se deriva de la voluntad, que es el propio *yo*, síguese de ahí que, cuando este aspecto de la conciencia se eclipsa, toda posibilidad de dolor desaparece, lo cual hace que el estado de intuición puramente objetiva, sea un estado de felicidad perfecta. Como demostré en otro lugar, este estado es uno de los dos elementos del goce estético. Por el contrario, desde el momento en que la conciencia del *yo*, ó sea la subjetividad, ó en otros términos, la voluntad, recobra su predominio, se produce en nosotros un grado correspondiente de malestar ó de agitación; el malestar proviene de que recobramos el sentimiento de nuestra corporeidad (es decir, del organismo, que en sí es la voluntad); la agitación, de que la voluntad por mediación de la inteligencia, llena nuevamente nuestra conciencia de deseos, emociones, pasiones y cuidados.

La voluntad, siempre y dondequiera que se halle, como principio de la subjetividad, es lo opuesto á la inteligencia, su antagonista. La concentración más intensa de subjetividad tiene lugar en la *acción voluntaria*, propiamente dicha, que nos da la conciencia más precisa de nuestro *yo*. Todas las demás excitaciones de la voluntad no son más que preparaciones para el acto. Este es á la subjetividad, lo que el brotar de la chispa es al aparato eléctrico. Toda sensación de nuestro cuerpo es ya de suyo una excitación de la voluntad, y más frecuentemente de la *voluntas* que de la *voluntas*. Su excitación por la vía intelectual es lo que produce los motivos; en este caso, es la misma objetividad quien despierta y pone en acción á la subjetividad. Este efecto se produce siempre que algún objeto es *percibido* por nosotros de una manera que no sea puramente objetiva y desinteresada, sino que despierte directa ó indirectamente el deseo ó la repugnancia, aun cuando solo sea por alguna reminiscencia, pues desde ese instante tal objeto obra como motivo en la más amplia acepción de la palabra.

Debo advertir que el pensamiento abstracto y la lectura, ligados ambos á las palabras, pertenecen también en un sentido más amplio, á la conciencia de las demás cosas, á la ocupación objetiva de la inteligencia, pero sólo indirectamente, es decir, por mediación de las nociones abstractas; mas estas son un producto artificial de la razón y, por consiguiente, una creación artificial. Además, toda ocupación abstracta del espíritu es guiada por la voluntad, que le da la dirección que conviene á sus intenciones y que concentra la atención en aquel sentido. Por eso la abstracción va siempre acompañada de algún esfuerzo y el esfuerzo supone actividad de la voluntad. Esta especie de tra-

bajo intelectual no reviste, pues, aquella perfecta objetividad de conciencia, que es condición de la concepción estética, es decir, del conocimiento de las ideas.

Como consecuencia de lo anterior, vemos que la objetividad perfecta de la contemplación, que nos hace capaces de conocer al objeto, no como objeto individual, sino como idea de su especie, tiene por condición que el sujeto que conoce no tenga conciencia de sí mismo en aquel instante, sino sólo de los objetos contemplados y que su conciencia individual esté entonces reducida á ser portadora de la existencia objetiva de las cosas. Lo que hace que esta condición sea tan difícil y rara, es que en tal estado, el accidente (la inteligencia), domina y suprime, aunque sea solo por breves instantes á la substancia (la voluntad). En esto consiste también la analogía, ó mejor dicho, el parentesco entre dicho estado y el de la negación de la voluntad expuesto al final del libro siguiente. En efecto, aunque el conocimiento, como dije en el libro anterior, proceda de la voluntad y descansa sobre su fenómeno, ó sea sobre el organismo, no por eso deja de ser perturbado por la misma voluntad, como la llama es oscurecida por la materia en ignición y por el humo. A esto se debe el que no podamos concebir la naturaleza puramente objetiva de las cosas, su idea, más que cuando no ponemos ningún interés en esas mismas cosas, porque están fuera de toda relación con nuestra voluntad. Por la misma razón, descubrimos más fácilmente la idea de los seres en una obra de arte que en la realidad. Lo que vemos en un cuadro ó en una poesía, está fuera de toda relación posible con la voluntad, pues aquello no existe por sí mismo más que para el conocimiento y á él se dirige directamente.

Por el contrario, para apoderarse de la idea mediante la contemplación de la realidad, se necesita hacer abstracción de nuestra voluntad, elevarse por encima de nuestro interés particular, lo cual exige un resorte poderoso: la inteligencia. Esta energía solo es dada, en su supremo grado y en su mayor duración, al genio, que consiste precisamente en la posesión de mayor fuerza intelectual que la que demanda el servicio de la voluntad individual. El excedente que queda sin empleo sirve para el conocimiento puro, limpio de toda voluntad.

La circunstancia de que la concepción de las ideas, que constituye el placer estético, se haga más fácil mediante las obras de arte, no depende sólo de que el arte, haciendo resaltar lo esencial y prescindiendo de lo secundario, nos presenta las cosas caracterizadas de un modo más preciso, sino también y en la misma escala de que el mutismo completo de la voluntad, necesario para la comprensión de la esencia de las cosas, está perfectamente asegurado por el hecho de que el objeto contemplado no pertenece á las cosas que pueden interesar nuestra voluntad, puesto que no es una realidad, sino una mera imagen. Esto se aplica no sólo á las artes plásticas, sino á la poesía, cuyo efecto requiere igualmente como condición precisa, una concepción desinteresada, involuntaria, y por tanto, puramente objetiva. Sólo una concepción de esta especie hace pintoresco el objeto contemplado y torna poético cualquier acontecimiento de la vida real, pues ella es lo que difunde sobre la realidad ese encanto mágico que se llama lo pintoresco, cuando se trata de objetos de la intuición sensible, y el encanto poético cuando se trata de cosas de la imaginación. Cuando canta el poeta una mañana serena, una hermosa tar-

de, una tranquila noche de luna, etc., lo que le inspira, aun á pesar suyo, es el sujeto puro del conocimiento que evoca la visión de esas bellezas de la naturaleza, ante el espectáculo de las cuales toda agitación de la voluntad se borra de la conciencia. Entonces halla el corazón ese reposo que no puede alcanzar de otro modo en la tierra.

¿No es eso lo que ha dado á estos versos:

*Nox erat, et coelo fulgebat luna sereno.  
Inter minora sidera,*

una influencia tan bienhechora, una acción casi mágica?

Cuando se trata de objetos nuevos y desconocidos es más fácil su concepción desinteresada y objetiva y esto explica por qué un extranjero ó un forastero encuentra pintorescos ó poéticos, objetos que no producen esta impresión sobre los indígenas; así, por ejemplo el aspecto de una ciudad deja al viajero que pasa por ella una impresión singularmente agradable que no despierta en modo alguno entre sus habitantes, lo cual depende de que el extranjero colocado fuera de toda relación con la ciudad y sus moradores, la ve desde el punto de vista puramente objetivo. En esto consiste gran parte del encanto de los viajes. Por la misma razón, se procura, á veces, aumentar el efecto de las composiciones narrativas ó dramáticas, transportando la escena á tiempos ó países remotos; los alemanes colocan el lugar de la acción en España ó en Italia; los italianos en Alemania, en Polonia ó en Holanda.

Si la concepción intuitiva, enteramente objetiva y desprendida de toda voluntad, es la condición del placer estético, con mayor motivo será necesaria para la

creación de obras estéticas. Todo hermoso cuadro, toda poesía verdadera, llevan el sello de esta disposición del ánimo, pues sólo aquello que tiene su fuente en la contemplación objetiva ó que es directamente provocado por ella, encierra el germen viviente de donde pueden surgir obras verdaderas y originales, no sólo de las artes plásticas, sino también de poesía y hasta de filosofía. El *punctum saliens* de una obra bella, de un pensamiento grande ó profundo, es una intuición objetiva. Esta exige como condición absoluta el silencio completo de la voluntad, durante el cual el hombre no es más que sujeto puro del conocimiento. La predisposición á que este estado se produzca es lo que constituye el genio.

Al mismo tiempo que la voluntad desaparece de la conciencia, la individualidad misma se borra, y con ella sus tristezas y miserias. Por eso describí lo que queda entonces, ó sea el sujeto puro del conocimiento, como el ojo inmortal del mundo, que está aunque con diversos grados de lucidez y actividad en toda criatura viviente. A este ojo inmortal no le alcanzan el nacimiento y la muerte de los seres; siempre único, idéntico, es el portador del mundo de las ideas eternas, es decir de la objetividad adecuada de la voluntad, mientras el sujeto individual al cual perturba en su conocimiento esa individualidad suya, nacida de la voluntad, no conoce más que las cosas individuales y es pasajero como ellas.

En este sentido es como se puede atribuir á cada hombre dos existencias. Como voluntad y, por consiguiente, como individuo, es uno y nada más que uno, que basta para darse á sí mismo más trabajo y más dolor del que puede soportar. Como observador puramente objetivo, es el puro sujeto del conocimiento, en la

conciencia del cual existe el mundo objetivo y en tal concepto es *todas las cosas* en cuanto las percibe, sin la que existencia de ellas en su conciencia sea para él una carga ni un tormento. Esta es, en efecto, su propia existencia puesto que toda la existencia está en su representación, pero aquí se halla desprendida de toda voluntad. Encambio, su existencia, en cuanto voluntad, no está entonces en él. Y es un estado de felicidad aquel en que *es todas las cosas* y un estado de dolor aquel otro, en que es solamente *individuo*.

Toda escena de la vida real, todo hombre, todo acontecimiento concebido objetivamente y reproducido por medio de la palabra ó por medio del pincel nos parece interesante, encantador, envidiable, pero cuando nos vemos mezclados en ello, cuando la cosa es real, pensamos con frecuencia que ni el diablo podría aguantarlo. Goethe ha dicho:

Gustamos en un cuadro,  
lo que en la vida nos enoja.

En mi juventud hubo un momento en que me esforzaba constantemente en colocarme en un punto de vista separado de mí mismo, para verme y describirme á mí mismo y á mis actos. Probablemente sería para ver de que me parecieran soportables.

Como las consideraciones que ahora vengo exponiendo no han sido discutidas jamás anteriormente, debo añadir algunos esclarecimientos psicológicos.

Cuando contemplamos directamente el mundo y la vida, no vemos de ordinario las cosas más que en sus relaciones, y, por consiguiente, no las vemos desde el punto de vista de su naturaleza y su existencia absolutas, sino desde un punto de vista relativo. Miramos, por ejemplo, una casa, un buque, una máquina, pensando

en su empleo y en su utilidad; miramos á los hombres y pensamos primero en sus relaciones con nosotros, si las hay, y luego en las relaciones que median entre ellos ya sea en cuanto á sus actos ó su conducta del momento, ó ya en lo concerniente á su categoría, oficio, capacidad, etc. Podemos proseguir la investigación de estas relaciones más ó menos lejos, hasta los más remotos eslabones de su encadenamiento; la investigación ganará cada vez más en precisión y en extensión pero continuará siendo la misma en especie y calidad: se tratará siempre de la consideración de las cosas en sus relaciones ó mediante sus relaciones, ó sea en virtud del principio de razón.

Esta índole de consideraciones es la que ocupa por regla general y con mayor frecuencia, á cada uno de los hombres y hasta creo que la mayoría de éstos es incapaz de consagrarse á otras. Mas, si por excepción se opera en nosotros un aumento momentáneo en la intensidad de nuestra intuición intelectual, en seguida vemos las cosas con otros ojos. No las contemplamos ya desde el punto de vista de sus relaciones, sino según son en sí mismas y al mismo tiempo que su existencia relativa concebimos también su existencia *absoluta*. Cada objeto individual representa entonces su especie y lo que nosotros percibimos es lo que hay de general en los seres.

Así llegamos á conocer las ideas de las cosas, ciencia mucho más elevada que la que sólo conoce las relaciones. Nuestra personalidad se emancipa al mismo tiempo de todas las relaciones. Nos convertimos en sujeto puro del conocimiento. Probablemente lo que produce este estado excepcional son ciertos fenómenos fisiológicos interiores, que purifican y exaltan la actividad cerebral en el grado necesario para producir de

repente esa explosión de energía. La condición exterior es que seamos completamente extraños á la escena contemplada, que permanezcamos aislados de ella sin tomar parte activa.

Para comprender bien que una concepción puramente objetiva, y, por consiguiente, exacta de las cosas, sólo es posible en cuanto las consideremos fuera de todo interés personal y en cuanto la voluntad permanezca muda, debemos recordar hasta qué punto toda emoción y toda pasión perturban y falsean el conocimiento; cómo cualquier inclinación favorable ó desfavorable basta para desnaturalizar, colorar, deformar, no sólo el juicio, sino también la percepción primera de los objetos. Recordemos con qué alegres colores, bajo qué risueño aspecto se nos presenta el mundo cuando algún suceso feliz nos tiene bien dispuestos, y, en cambio, qué sombrío y triste nos parece cuando alguna pena nos abate. Hasta un objeto inanimado, destinado á alguna operación que tememos adquiere á nuestros ojos aspecto repulsivo, v. gr., el cadalso, una prisión, el estuche de un cirujano, el coche en que se va á alejar la mujer que amamos; todo, hasta las cifras, las letras, los sellos, parece mirarnos haciendo horribles muecas y nos produce el efecto de monstruos repugnantes.

En cambio, los instrumentos que sirven para la satisfacción de nuestros deseos toman en seguida ante nuestros ojos un aspecto amable y encantador, verbigratia: la vieja corcobada que nos trae una carta de amor, el judío que nos suministra dinero, la escala de cuerda que va á servir para nuestra evasión. En todos estos casos de repugnancia ó de atracción manifiesta, salta á la vista que la representación está falseada por la voluntad, pero esto puede afirmarse también,

aunque en menor grado, de todo objeto que guarda alguna relación, aunque sea indirecta, con nuestra voluntad, es decir, con nuestras inclinaciones ó nuestras aversiones.

Cuando la voluntad, con todo lo que la interesa, ha abandonado la conciencia; y la inteligencia llega, por propio movimiento y no por impulso de la voluntad, á un estado de tensión suprema y actividad y sigue libremente sus propias leyes y refleja el mundo objetivo como un puro sujeto del conocimiento, entonces es cuando las cosas aparecen con sus verdaderas formas, con sus colores propios y con su real y plena significación. Una concepción de esta clase es la única que puede crear obras artísticas, cuyo valor, siempre vivo y cuyo triunfo siempre renovado, dependen precisamente de que ellas solas nos presentan lo que es puramente objetivo, lo que está en el fondo de todas las intuiciones subjetivas, y, por consiguiente, falseadas; lo que es común á todas ellas y en todas invariable; lo que se trasluce como un tema común al través de todas esas variaciones subjetivas. La naturaleza, al mostrarse á nuestros ojos, se presenta en cada cerebro bajo un aspecto diferente y cada uno no puede reproducirla sino como la ve, ya sea la reproducción por medio del pincel ó del cincel, ya por escrito ó por ademanes en la escena. Sólo la objetividad hace al artista, y no es posible conseguirla sino á condición de que la inteligencia, desprendida de su raíz que es la voluntad, vuele libremente funcionando al mismo tiempo con una energía extremada.

El adolescente, cuya intuición intelectual está en toda su actividad y en toda su frescura, contempla muchas veces la naturaleza con plena objetividad, y, por tanto, la ve en toda su belleza. Lo que turba á ve-

ces ese goce es la triste reflexión de que todas esas cosas tan hermosas, allí presentes, no tienen con él ninguna relación personal que pueda interesarle y regocijarle, pues él espera que su vida va á desenvolverse en forma de interesante novela. «Detrás de esta abrupta roca debía esperarme un grupo de amigos montados en hermosos caballos; cerca de esta cascada debería descansar sobre la hierba mi amada, ó bien debería habitar este castillo tan espléndidamente iluminado: aquella ventana rodeada de follaje sería la suya; pero este mundo tan hermoso es un desierto para mí, etc., etc.» Estas nostalgias melancólicas de los jóvenes tienen en el fondo algo de contradictorias, pues el hermoso aspecto bajo el cual la naturaleza se les presenta descansa precisamente sobre la objetividad completa, sobre el desinterés de la contemplación, que desaparecería inmediatamente con la presencia de alguna de esas relaciones con la voluntad que el mancebo echa de menos. Entonces se desvanecería todo el encanto que le proporciona tan puro goce, aunque mezclado de tristeza.

Lo mismo puede ocurrir en todas las edades y en todas las circunstancias; la belleza de un paisaje que nos encanta desaparecería si tuviese alguna relación con nuestra personalidad, pues este recuerdo se mezclaría siempre con su imagen. Nada es bello sino en tanto que no nos concierne (no hablo, naturalmente, de las pasiones amorosas, sino del placer estético). La vida jamás es bella; sólo sus imágenes lo son, reflejadas en el espejo transfigurador del arte ó de la poesía, sobre todo en la juventud, edad en que nada sabemos todavía de la existencia. Nada contribuiría tanto á calmar el entusiasmo juvenil de un mozo, como esta verdad, si se le pudiera hacer comprender.

¿Por qué la contemplación de la luna llena ejerce una acción tan benéfica, tan calmante? ¿Por qué nos deja una impresión tan elevada? Es porque la luna es objeto para la contemplación, no para la voluntad.

No deseamos las estrellas;  
Gozamos de su esplendor.

(GOETHE.)

Predispone al espíritu á la elevación porque ella misma es cosa elevada, porque careciendo de relaciones con nosotros, prosigue su marcha viéndolo todo y no tomando parte en nada. Así, ante su aspecto, la voluntad, con su miseria eterna, desaparece de la conciencia quedando sólo el conocimiento puro. Puede que también contribuya á ello el sentimiento nacido de la consideración de que al contemplar la luna participamos de su vista con millones de semejantes nuestros, cuya diferencia individual se borra, y que en esta contemplación se funden en un solo ser; lo cual aumenta todavía lo sublime del espectáculo. Y hace mayor aún esta impresión el que la luna alumbra sin calentar, á lo cual, probablemente, se debe el que se la haya llamado casta, é identificado con Diana. Por efecto de esta impresión que ejerce sobre nuestro espíritu, la luna ha venido á ser insensiblemente nuestra amiga y confidente, lo que el sol no es ni será jamás, pues es para nosotros como un bienhechor de generosidad inagotable, al que no osamos mirar cara á cara.

A lo que dije en el § 38 del primer volumen sobre el placer estético que nos proporcionan la luz, el brillo y los colores, conviene añadir la observación siguiente. El goce inmediato, irreflexivo, pero muy acentuado, que nos produce la impresión de los colores, y que

aumenta con el brillo metálico y todavía más con la transparencia, por ejemplo, en los vidrios de colores; y sobre todo el efecto de las nubes reflejando la luz del sol poniente, provienen de que este es el medio más fácil, medio puramente físico é infalible, de concentrar toda nuestra atención en el conocimientos, sin excitación alguna de la voluntad, y de ponernos así en las condiciones del conocimiento puro, aunque en el caso de que se trata, esa condición la constituye, en suma, la sensación procedente de una impresión recibida en nuestra retina; pero esta sensación, exenta de dolor y de placer, así como de toda excitación directa de la voluntad, pertenece al conocimiento puro.

---

## CAPITULO XXXI (1)

## DEL GENIO

Lo que constituye propiamente el genio es el predominio de aquella facultad de conocimiento que hemos descrito en los dos capítulos anteriores, y que da origen á las verdaderas creaciones de las artes, de la poesía y hasta de la filosofía. Como este conocimiento tiene por objeto las ideas platónicas, y como éstas no pueden ser percibidas en abstracto, se infiere de ahí que el genio consiste esencialmente en la perfección y energía del conocimiento intuitivo. Por consiguiente, calificamos de obras de arte aquellas que proceden directamente de la intuición y directamente también se dirigen á ella, así las que pertenecen á las artes plásticas, como las que pertenecen á la poesía, que transmite sus intuiciones por conducto de la imaginación.

En esto se advierte la diferencia que hay entre el genio y el talento: esta última cualidad consiste más bien en una ductilidad y una penetración superiores del conocimiento discursivo, que no en el conocimiento intuitivo. El hombre de talento piensa con más rapidez y con mayor exactitud que los demás; el genio,

---

(1) Este capítulo se refiere al § 36 del primer volumen.